



Mateo caminaba por la plaza de su pueblo cuando vio algo brillante en el suelo. Era un hermoso monedero tejido con hilos de muchos colores.



Al abrirlo, vio que tenía varias monedas.
Por un momento pensó en el juguete que
tanto quería, pero recordó que la honestidad
vale más que cualquier objeto.



Decidido a hacer lo correcto, Mateo fue al mercado local para buscar al dueño. Le preguntó a don Tomás, el amable vendedor de frutas.



Don Tomás señaló hacia el fondo del mercado. Allí estaba la señora Clotilde, una tejedora del pueblo, buscando desesperadamente algo en el suelo.



Mateo se acercó y le entregó el monedero. La señora Clotilde sonrió con gran alivio y le agradeció de corazón por su gran honestidad.